

"El Mercurio Valenciano", 18 enero 1923



# Marruecos, Marruecos, Marruecos

Esta es, según dice la prensa, la mulletilla del conde de Romanones. «No hay más que Marruecos, Marruecos y Marruecos» — dicen que suele decir. A pesar de lo cual no parece que se decida a ir él allá, en sustitución del señor Villanueva, y como Alto Comisario Civil. ¿O es que hace más falta aquí? Es decir, en la corte. Y no como ministro de Gracia y Justicia precisamente.

El conde sabe que el tinglado depende más que de otra cosa del avispero marroquí, pero tiene que estar en la corte. Hay que hacer como que se prepara las nuevas elecciones generales de diputados y senadores a Cortes. ¡Que Dios sabe quién las dirigirá!...

Dícese que los concentrados — liberales demócratas, liberales ademócratas, liberales desperdigados y liberales conformistas — andan ya a la greña por el encasillado, y que en más de un distrito lucharán unos candidatos concentrados contra otros también de la concentración. Es decir, que habrá excéntricos. Y ni unos ni otros se preocuparán nada de Marruecos y menos de la reforma constitucional. Dos cosas que van íntimamente unidas.

Porque la solución obligada y forzosa, fatal e ineludible que tendrá el problema marroquí, y que será el abandono de la empresa imperial a que lanzó al reino de España el que mandó al desgraciado general F. Silvestre que fuese a plantar la bandera roja y gualda en la costa de Alhucemas el día de Santiago Matamoros de 1921, esa solución, que equivale a la derrota del régimen, traerá consigo lo de la reforma constitucional. Y esto aunque no se llegue a solventar lo de las responsabilidades, que significa — ¡y van ya tantas! — la crisis de la irresponsabilidad.

Las próximas elecciones generales a Cortes se presentan con un tristísimo cariz. Todos los partidos, desde los de extrema derecha a los de extrema iz-

quierda, aparecen pulverizados; no hay nada de frentes únicos ni de bloques ni de concentraciones verdaderas, y es que todos presienten que la salida de este derrumbe no está en el Parlamento. El resultado de lo de Marruecos importa más, mucho más. Ya todos esperan o temen que el abandono de esa empresa sea el principio del cambio que aquí hace falta.

Si ese abandono se hace y se confiesa antes de las elecciones generales, ¿cómo se harán éstas? ¿Quiénes las harán? Y si se aguarda a que las elecciones hayan pasado para llevar a cabo y confesar el abandono, ¿cuánto durará el Parlamento que se elija en abril? ¿Cómo se hará la confesión ante él? Porque la dificultad más grave técnica — de técnica política dinástica, se entiende — es cómo se va a explicar el abandono por los alcahuetes del poder personal que viene rigiendo eso de Marruecos. No sirve ya llamarle al abandono protectorado, o más bien subprotectorado civil. Los imperialistas protestan y se encargan de poner de manifiesto el engaño.

«Bah! — se dirá, — en último caso se abandona la empresa sin explicación alguna y asunto concluído!» Eso no es ya tan fácil. Y por ello se hace esa campaña imperialista y dinástica de culpar al ejército, o más bien a sus Juntas de Defensa, del fracaso de la empresa marroquí. Todo menos declarar la verdad. Vencidos, sí, pero convencidos, ¡no! Y menos arrepentidos.

Y el ejército, la milicia nacional — nacional y no dinástica — debe sentir que no es su papel estar allí encubriendo una retirada bajo el nombre de implantación del protectorado — subprotectorado, repitámoslo — civil. Si fué triste el papel que se le hizo hacer en julio de 1921, llevándole a un desastre, por no tener las cosas dispuestas ni preparadas debidamente, más triste es aún el papel que se le está haciendo hacer ahora.

Y en tanto se vuelve a pensar en constituir una milicia voluntaria, una Legión, que sea el núcleo del fajismo, un Fajo originario. Y no precisamente para defender lo que en Marruecos nos quede, sino para tratar de que esta podredumbre de régimen no se disuelva tan pronto.

Miguel de UNAMUNO.

